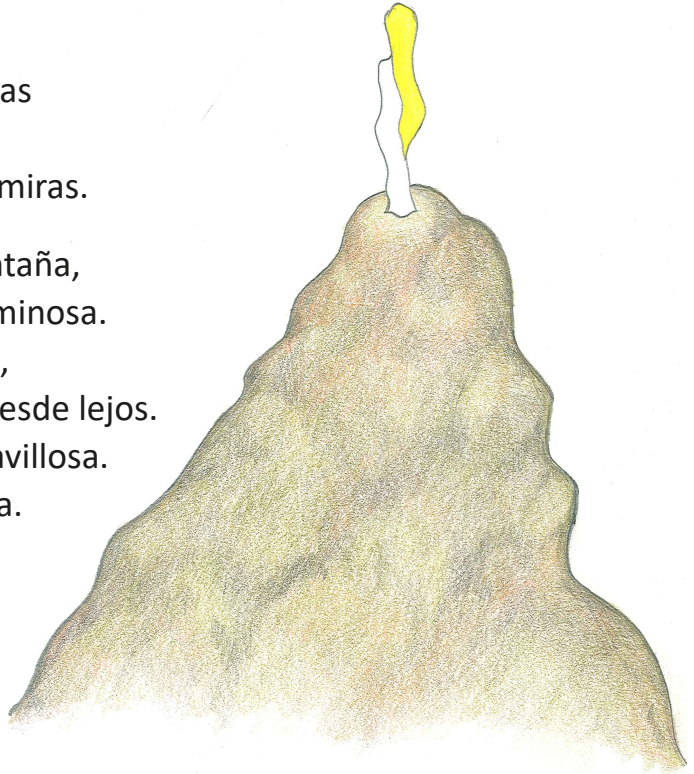


Planeta 2: la diosa en lo alto de la montaña

El planeta número 2
que visitó la principita
no era muy grande.
Tenía una luz clara.

En el centro había una montaña.
En realidad estaba en el centro
para la principita.
Al fin y al cabo,
dónde están las cosas
depende del lugar
desde el que se las miras.

En lo alto de la montaña,
había una mujer luminosa.
Mientras aterrizaba,
la principita la vio desde lejos.
Era hermosa y maravillosa.
Le pareció una diosa.



La principita aterrizó
al pie de la montaña
y nada más tocar el suelo,
sintió que perdía sus fuerzas.
La gravedad era muy fuerte
y su cuerpo le parecía muy pesado.

Había una niebla muy densa
y la principita casi no veía nada.

Lo único que la principita podía ver
era una luz en lo alto de la montaña.
Seguro que es la luz de la diosa,
pensó la principita,
y sintió que tenía que llegar hasta ella.

Empezó a subir la montaña.
La ladera estaba llena
de piedras puntiagudas
que le hacían heridas
Pero le parecía un precio justo
por llegar a la cima de la montaña.
La subida cada vez era más difícil.
Se enfadó con ella misma
por no ser más delgada y más **ágil**.

Ser **ágil** quiere decir que puedes mover tu cuerpo con fuerza y rapidez.

Según subía más y más arriba,
podía ver a la diosa de luz
cada vez mejor.

La diosa era alta, delgada,
tenía la piel clara
y el pelo dorado.
Gobernaba el planeta sin moverse.
Nada podía alterarla.

La principita miró su tripita regordeta
y sus **pantorrillas** rechonchas.
Nunca llegaría a la cima, pensó.

Pero al mismo tiempo,
sentía la fuerte necesidad
de intentarlo e intentarlo
una y otra vez.

Oyó gritos de otras mujeres
por todas partes,
aunque no podía verlas.
La principita se sintió intranquila.
Sintió la necesidad de llegar
hasta la diosa antes que ellas.
No sabía por qué,
pero tenía que ser la primera.

Alterar a alguien
quiere decir
poner nervioso
a esa persona.

Las **pantorrillas**
son la parte de
atrás de la
pierna, encima
de los tobillos.

Continuó subiendo.
Puso un pie en mal lugar,
resbaló y cayó rodando
por la ladera de la montaña.
Cuando llegó al suelo,
le dolía todo el cuerpo.

Ahora entendía los gritos
de las otras mujeres.
Ellas también intentaban subir
y caían una y otra vez.
Tenía que encontrar otra manera de subir.

Su cuerpo necesitaba descansar
y curarse las heridas de la caída,
pero la principita solo podía pensar
en llegar a la cima antes que las demás.

Comenzó a caminar
alrededor de la montaña,
buscando un camino nuevo.

Veía mujeres intentando subir.
Caían y se hacían heridas,
una y otra vez y pensó:
¡Yo soy más lista!
Repetir el mismo camino
una y otra vez,
no es inteligente.

De repente, oyó un susurro
que la llamaba.
Siguió esa voz suave
y llegó hasta la entrada
de una cueva.

La cueva era un camino secreto
para subir a la cima
por dentro de la montaña.
Se sintió muy orgullosa,
de haberlo encontrado.

Entonces, una mujer salió de la cueva
y la principita se sintió un poco boba.
Había pensado que era la primera
en encontrar el camino.

La mujer tenía los ojos cerrados
y cara de dolor.
Tenía el pelo muy rizado
y se lo estiraba una y otra vez
para alisarlo.
Parecía muy doloroso,
pero ella estiraba, estiraba y estiraba.

De repente, salió otra mujer de la cueva.
Esta mujer tenía los ojos muy abiertos,
pero solo miraba su cuerpo.
No veía nada más.

Se estiraba la piel del brazo.
Luego la de los muslos.
Luego la de la cara.
Y cuando soltaba la piel
después de estirla,
¡lloraba de tristeza!

Salieron otras mujeres de la cueva.
Todas intentaban cambiar sus cuerpos
y a todas les causaba dolor.

La principita sintió mucha pena por ellas
y decidió entrar en la cueva
para ver qué les pasa
a las mujeres allí dentro.

En la cueva,
una voz empezó
a llamar a la principita:

voz — Por aquí está el camino.
Ven.

La principita siguió la voz.
Caminaba entre algunos árboles
que conseguían crecer
dentro de la cueva
y su pelo rizado se enganchaba
en las ramas.

VOZ — Los rizados te **estorban**.
Los rizados son feos y molestan.

La principita pensó
que sería más fácil caminar
con el pelo liso.

Estorbar quiere
decir molestar.

VOZ — Los rizados están mal.
Tienes que estirarlos.

Las ramas cada vez eran más largas
y el cabello de la principita
se enganchaba todo el tiempo.
No podía seguir caminando.

VOZ — Tus rizados son feos.
Es mejor el pelo liso.
Tus rizados son feos.

La principita recordó
a la diosa de luz
y su cabello sedoso y liso.
Se estiró los rizos todo lo que pudo
y recogió su cabello en una coleta.

Estirarse el pelo hacía mucho daño
y a la principita le dolía la cabeza,
pero se enganchaba menos.
Hasta parecía que las ramas
se hacían más pequeñas
y se alejaban de la principita.
Pensó que el dolor merecía la pena.

Cada vez sentía más angustia
y deseo por llegar hasta la diosa.

La principita continuó caminando
por el interior de la cueva.
Ya no había árboles,
pero el camino se hacía
más y más estrecho.
El suelo era resbaladizo.

VOZ — Eres torpe.
Te vas a caer.

La principita resbaló
y cayó al suelo.
Se levantó
y siguió caminando.

El camino se hacía cada vez
más y más estrecho,
tanto que la principita tenía
que avanzar de lado.

VOZ — Estás gorda.
¡Gorda!

Pensó en la diosa de luz,
ella era delgada.
La principita deseó llegar a su lado
y ser como ella.

VOZ — ¡Si adelgazas es todo más fácil!
¡Gorda!

Las paredes estaban tan juntas
que la principita se quedó atrapada.
Sentía que una piedra le apretaba la tripa
y casi no podía respirar.

La piedra le apretaba tanto la tripa,
que la principita vomitó.
Después de unos minutos,
pudo respirar bien de nuevo.
Las paredes se alejaban,
ya no estaba atrapada.

Se sentía muy cansada
por el esfuerzo,
pero pensó que ya estaba cerca
de la diosa de luz
y se puso contenta.

La principita se preguntó
si alguna mujer más había llegado tan lejos.
Seguro que no,
pensó orgullosa de sí misma.

Después de un rato caminando,
la principita llegó a una sala
que estaba llena de espejos.

Se miró en uno de ellos
y vio que su cuerpo era más delgado
y su pelo más liso.
Ahora se parecía más
a la diosa de luz.

Entonces miró más de cerca.
En cada espejo,
su reflejo era diferente.
En uno se veía demasiado gorda,
en otro demasiado delgada,
en otro demasiado blanca,
en otro demasiado negra,
en otro demasiado alta,
en otro demasiado baja.

La principita se veía diferente
en cada espejo
pero en todos ellos
se veía horrible.

La voz empezó a gritar:

VOZ — ¡Fea! ¡Tienes granos!
¡Gorda! ¡Adelgaza!
¡Depílate!
¡Tu pelo es duro y feo!

La principita lloraba
y corría de un lado a otro
pero no encontraba la salida
y se chocaba con su propia imagen
en los espejos una y otra vez.

La voz gritaba y gritaba
y la principita no aguantó más
y gritó más alto que la voz:

principita — ¡Déjame en paz!
¡Déjame en paz!

Gritaba con todas sus fuerzas.
Estaba tan enfadada
que dio una patada a un espejo.
El espejo se rompió.
La voz se calló.

Por fin había calma y paz.

Detrás del espejo había un túnel.
La principita entró por el túnel
y lo siguió hacia arriba.
Llegó a lo alto de la montaña.
¡Había conseguido llegar a la cima!

La principita se tumbó en el suelo
y lloró durante horas.
Lloró hasta que borró todas
las cosas desagradables
que le había dicho la voz.

Cuando dejó de llorar,
miró a su alrededor.
Era difícil ver algo,
había una luz intensa y blanca
que la cegaba.

Aunque en realidad,
allí arriba no había nada que ver.
La principita pensó
que aquel era el lugar más solitario
de todo el Universo.

La diosa de luz estaba tan solo
a unos metros de la principita.
A su lado me sentiré bien,
pensó la principita.

Se acercó ilusionada, con cuidado
y no pudo creer lo que vivió:
¡la diosa era un maniquí de plástico!
Un maniquí perfecto,
pero un maniquí.

La principita se puso **furiosa**.
Todo era un engaño.
La mujer perfecta no existía.
Estaba tan enfadada,
que empujó el maniquí
con todas sus fuerzas.

Estar **furiosa**
es estar
muy enfadada.

El maniquí se movía poco a poco
mientras una **brecha** se abrió
en el centro de la montaña.

Una **brecha**
es una grieta
en una pared
o en el suelo.

La montaña se deshacía
y todo el planeta temblaba.
Las mujeres salieron corriendo.
Huían de las piedras que caían.

Algunas mujeres no podían caminar solas
y otras mujeres las ayudaron.

La montaña se derrumbó por completo
y la principita cayó al suelo abrazada
al maniquí de plástico.

Cuando ya había pasado el peligro,
las mujeres se acercaron
a la principita curiosas.
Al descubrir el maniquí
y la mentira de la diosa de luz,
lloraron todas juntas
y se abrazaron las unas a las otras.

Ahora se veían a sí mismas
como eran de verdad.
Aceptaban y amaban sus cuerpos
tal y cómo eran.

Antes de irse de este planeta
y seguir su viaje,
la principita se soltó la coleta
y dejó libres sus fuertes rizos.
No volvería a estirarlos nunca más.